

confesos a sobrellevar sus tormentosas tribulaciones con el deseo de ganar la vida eterna.

En los años de paz que siguieron, San Ignacio se ocupó de la organización de la Iglesia, mostrando que la Gracia que vino sobre los Apóstoles en Pentecostés continuaba en el ministerio episcopal, aún cuando los Doce se hubieran ido ya. Exhortó a todas las iglesias a permanecer en unidad y amor alrededor del Obispo, quien es la imagen terrenal del único verdadero Obispo y Gran Sacerdote, Jesucristo. Unidos por la fe inquebrantable en el crucificado y resucitado Salvador, y en la unidad del corazón nacida del amor y la esperanza común, los fieles deben reunirse tan frecuentemente como puedan, especialmente en el Día del Señor, para celebrar la Santa Eucaristía con su Obispo y la asamblea de sacerdotes y diáconos; partiendo el mismo pan, que es la "medicina de la inmortalidad", el "remedio contra la muerte" y, específicamente, "la vida eterna en Cristo". "Donde está el Obispo", dijo, "ahí está Jesucristo, ahí está la Iglesia, la seguridad de la vida eterna y la promesa de la comunión con Dios".

Cuando comenzó la persecución del emperador Trajano (98-117) en Antioquia, San Ignacio se presentó voluntariamente ante él y confesó su fe en un solo Dios y en su Hijo Unigénito Jesucristo. Con disgusto el gobernante le dijo: "Así que eres discípulo del crucificado bajo Poncio Pilato, ¿lo eres?". "Yo soy el discípulo de Aquél que clavó mi pecado en la Cruz y que ha derrotado al demonio y sus símbolos bajo sus pies", replicó el santo. - "¿Por qué te haces llamar portador de Dios?". - "Porque porto al Cristo viviente dentro de mí". - "Entonces que sea el portador del Crucificado llevado en cadenas a Roma", ordenó el emperador, y "ahí que sea arrojado a los leones para diversión de la gente". Como San Pablo y muchos otros gloriosos mártires, el siervo de Dios se llenó de regocijo y fervientemente besó las pesadas cadenas que le cargaron llamándolas "mis más preciadas perlas

espirituales".

Durante su larguísimo camino a Roma, se enteró de que los fieles de esa ciudad pretendían evitar su sacrificio; les escribió rogándoles que contuvieran su inoportuno entusiasmo y que no intervinieran: "Ahora yo suplico ser un discípulo...mi deseo terrenal ha sido crucificado, y no hay más fuego en mi por amar las cosas materiales, pero hay un agua viviente en mi que murmura y dice en mi interior: ¡Ven al Padre!". El amor de Cristo obró tan fuertemente en él que le inspiró con palabras de fuego: "Perdóñenme hermanos, no me persuadan de vivir, no deseen que yo no muera. Permítanme ser un imitador de la Pasión de mi Dios...déjenme ser alimento de las bestias, por lo que me será posible encontrar a Dios. Soy trigo de Dios y debo ser triturado por los dientes de las bestias para convertirme en pan puro de Cristo. Para hacerse, a semejanza de Cristo, verdadero pan eucarístico, para servir a través de Él mismo en la verdadera y perfecta liturgia". Tal era el único deseo del santo Obispo.

Cuando el momento de su prueba final llegó, San Ignacio entró a la arena como si se aproximara al Santo Altar para servir su última liturgia en presencia de sus fieles. Allí se ofreció a sí mismo a los feroces leones que se abalanzaron sobre él y le devoraron en breves momentos, sin dejar nada, excepto los huesos más largos.

Estas preciosas reliquias fueron devotamente reunidas por los fieles y llevadas de vuelta a Antioquia con gran solemnidad; veneradas como al Pastor por los cristianos a lo largo del camino, fueron devueltas triunfantes a su rebaño.

Las lecturas de la semana

Lunes 27:	II Timoteo 2:1-10; San Lucas 21:12-19
Martes 28:	Hechos 6:1-7; San Mateo 16:6-12
Miércoles 29:	I Corintios 10:12-22; San Mateo 16:20-24
Jueves 30:	I Corintios 10:28-11:8; San Mateo 16:24-28
Viernes 31:	I Corintios 11:8-23; San Mateo 17:10-18
Sábado 1:	Hebreos 11:33-12:2; San Mateo 10:16-22
Domingo 2:	I Corintios 1:10-17; San Mateo 14:14-22



La Voz del Señor

Año VIII - Nro 30 - 26 de julio de 2009
VII Domingo de Pentecostés

Año Paulino (7/8)

La sinergia entre

la gracia y la voluntad humana

"¿Señor, qué quieres que haga?" (Hechos 9:6)

Sin duda, el modo de proceder del Señor en la conversión de san Pablo en la ruta a Damasco influyó enormemente en este último, para que él insistiera tanto en que la justificación es pura gracia otorgada por Dios. La salvación no es una recompensa por la labor personal, sino que los trabajos se ejercen para honrar la gracia recibida. Así, se puede explicar la intención de Pablo expresada en su pregunta al Señor: "¿Señor, qué quieres que haga?".

En efecto, san Pablo afirmaba que "por gracia habéis sido salvados" (Ef 2:8), "no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo" (Tit 3:5). Se basaba en su propia experiencia en la ruta a Damasco a fin de expresar su comprensión de la salvación en Cristo. Entendió que Jesús se le apareció porque lo amaba, y este amor se le fue manifestado cuando todavía él mismo era perseguidor y enemigo. El Salvador se le apareció y lo llamó sin y antes que Pablo ofreciera sus credenciales. Es por ello que Pablo se volvió profeta de la gracia y de la salvación por la fe, refiriéndose sin cesar en sus cartas a la gracia, la clemencia y la misericordia de Dios.

Reconoce por su propia experiencia que fue salvado porque Dios lo ha amado, y no por su propia sabiduría o labor.

Por otra parte, observamos que esta comprensión paulina de la salvación tiene otra faceta, la de la sinergia de parte del hombre. La salvación no ocurre por la realización de buenas obras, tampoco ocurre sin ellas. La sinergia es el comprobante concreto de la recepción positiva de la gracia. Esto lo que significaba su pregunta al Señor: "¿Señor, qué quieres que haga?". La vida de san Pablo fue un reverbero de dicha comprensión. Él justificó la gracia gratuita recibida por su asiduidad y labor ininterrumpida. Así lo confesó: "Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí" (I Cor 15:10).

En Pablo se explica la paradoja entre el rol y el valor tanto de la gracia como de los trabajos. La virtud es el fruto y el resultado de la sinergia entre dos partes, la gracia divina y la voluntad humana. Es cierto que estas partes no son dimensiones comparables, pero sí, son iguales en importancia. Tanto la gracia necesita de la voluntad humana, como ésta necesita de la gracia, a fin de llegar a la plenitud y la perfección del ser humano en Cristo. Eso lo que el Señor reveló a Pablo: "Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad", y que Pablo, muy agradecido, aceptó: "Por tanto, muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí" (II Cor 12:9).

Si hay que destacar algo más como fruto de este encuentro con el Señor, sería la obediencia y la entrega de Pablo ante la invitación del Señor: "Levántate, (...) se te dirá lo que te conviene hacer". No cabe duda que no hay mejor testimonio que el de Pablo en honrar la gracia recibida y justificarla en su vida, en obedecer a Cristo y entregarse a Él, en ponerse diariamente en seguir la invitación recibida en la ruta a Damasco. Por tener la obligación de defender su perfil de apóstol de

Cristo, Pablo nos dejó un panorama breve de su entrega: “¿Son ministros de Cristo? (como poco sabio hablo) yo más: en trabajos más abundante; en azotes sin medida; en cárceles más; en muertes, muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado en lo profundo de la mar; en caminos muchas veces, peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigiliias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; Sin otras cosas además, lo que sobre mí se agolpa cada día, la solicitud de todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó?” (II Cor 11:23-29).

Así, podemos admiramos cómo la experiencia paulina damascena interpretó la experiencia paulina tanto antioquena como apostólica en general, de tal modo que hemos sido testigos de la evolución de las semillas de la gracia de Dios en la vida de san Pablo, atesoradas en Damasco, crecidas en Antioquia y luego sembradas en todo el mundo.

+ **Metropolitano Siluan**

Primera Carta a Timoteo (3:13-4:5)

Hijo mío Timoteo, los que ejercen bien el diaconado alcanzan un puesto honroso y grande entereza en la fe de Cristo Jesús. Te escribo estas cosas con la esperanza de ir pronto a ti; pero si tardo, para que sepas cómo hay que portarse en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad. Y sin duda alguna, grande es el misterio de la piedad: Él ha sido manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, aparecido a los ángeles, proclamado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria. El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe entregándose a espíritus engañosos y a

doctrinas diabólicas, por la hipocresía de embaucadores que tienen marcada a fuego su propia conciencia; éstos prohíben el matrimonio y el uso de alimentos que Dios creó para que los coman con acción de gracias los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios ha creado es bueno y no se ha de rechazar nada si se come con acción de gracias; 5pues queda santificado por la palabra de Dios y por la oración.

Santo Evangelio según San Mateo (9:27-35)

En aquel tiempo, cuando Jesús se iba de allí, le siguieron dos ciegos gritando: “¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!” Y al llegar a casa, se le acercaron los ciegos, y Jesús les dice: “¿Creéis que puedo hacer eso?” Dícenle: “Sí, Señor.” Entonces les tocó los ojos diciendo: “Hágase en vosotros según vuestra fe.” Y se abrieron sus ojos. Jesús les ordenó severamente: “¡Mirad que nadie lo sepa!” Pero ellos, en cuanto salieron, divulgaron Su Fama por toda aquella comarca. Salían ellos todavía, cuando Le presentaron un mudo endemoniado. Y expulsado el demonio, rompió a hablar el mudo. Y la gente, admirada, decía: “Jamás se vio cosa igual en Israel.” Pero los fariseos decían: “Por el Príncipe de los demonios expulsa a los demonios.” Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

¿A quien conmemoramos hoy?

A Santa Parasceva

Santa Parasceva, virgen y mártir, fue la única hija de Agathon y Politia, dos cristianos del primer siglo. Desde muy temprano Parasceva dedicó su vida a Dios y pasó mucho de su tiempo en oración y leyendo las santas Escrituras. Al poco tiempo de la muerte de sus padres, Santa Parasceva entregó todas sus pertenencias a los pobres y consagró su virginidad a Cristo.

Imitando a los Santos Apóstoles, comenzó a predicar a los paganos sobre Cristo convirtiendo a muchos de ellos.

Durante el reinado de Antonio Pío (138-161) fue arrestada debido a que rechazó el culto a los ídolos. Llevada a juicio confesó fervientemente su fe por Cristo y nada la hizo cambiar de parecer. Luego de pasar por increíbles torturas fue arrojada a un pozo con aceite hirviendo. Fruto del caer allí un poco de aceite saltó sobre el rostro del mismo Emperador quien comenzó a gritar por alguien que lo ayudara. Santa Parasceva sin sufrir ningún daño en el aceite rezó para que el rostro del Emperador se sanara e inmediatamente sus oraciones fueron contestadas. Inmediatamente fue liberada.

Viajando de ciudad a ciudad predicando el Evangelio, Santa Parasceva arribó a la ciudad del Gobernador Asclepios. Una vez más la santa fue sentenciada a muerte. Fue llevada y puesta en una cueva con serpientes a lo que Santa Parasceva solo tuvo que hacer la señal de la cruz para que las serpientes se alejaran. Tanto el gobernador de la ciudad como todo el pueblo viera este milagro y se convirtió a la fe en Cristo. Continuó su predicación y en una ciudad cuyo gobernador era un tal Tarasios fue decapitada por confesar su fe y su amor por Cristo en el año 140.

Muchos milagros se llevaron a cabo en el lugar donde fue puesta su tumba: los ciegos recobraron la vista, los paralíticos volvieron a caminar y las mujeres estériles dieron a luz sus hijos. No solo en el pasado sucedió esto: ella continua intercediendo y ayudando a los fieles que piden su intercesión.

Taller Bíblico del Dr. Daniel Ayuch

El pasado sábado 18 de julio, con la bendición de Su Eminencia Monseñor Siluan, el Doctor Daniel Ayuch, Profesor de Nuevo Testamento de la Facultad de Teología San Juan Damasceno de la Universidad del Balamand

(Líbano), dictó un taller bíblico en la Catedral San Jorge en el que trató sobre el libro del Apocalipsis y en cómo debemos leerlo el día de hoy. En su charla, el Profesor Daniel Ayuch presentó los distintos criterios que caracterizan a este género literario y explicó algunos simbolismos del mismo, explicación necesaria para entender el mensaje del Apocalipsis. Después de la introducción, los presentes trabajaron en grupos buscando interpretar ciertos textos del libro del Apocalipsis y concluyeron con una puesta en común y la conclusión del taller. Los mismos subrayaron el mensaje de esperanza de que este libro transmite, especialmente en las épocas en que los cristianos comprometidos en vivir su fe deben enfrentarse a medios hostiles y que los persiguen por ello. Al finalizar el taller, en nombre de la Catedral, Padre Víctor Villafañe ofreció al Dr. Ayuch un obsequio en agradecimiento y se compartió un ágape con los presentes.

Año Ignaciano 2009

La Vida de San Ignacio de Antioquia

Discípulo de los Apóstoles y uno de los primeros y más importantes Padres Apostólicos, San Ignacio ha sido tres veces coronado y brilla en el firmamento de los amigos de Dios. Atendiendo a su nombre, que significa “fuego” (*ignis*, en latín), el amor de Cristo ardió tan fuertemente en su corazón que fue llamado *Teóforo* (el portador de Dios), calificativo que, sin jactancia, no titubeó en aplicarse a sí mismo, en tanto que todos los cristianos después del bautismo se convierten en “*Portadores de Cristo*” (Cristóforos) y son revestidos en el Espíritu Santo.

Ignacio había conocido a los Apóstoles en su juventud y, en compañía de Policarpo, fue iniciado en los más profundos misterios de la fe por San Juan el Evangelista. Posteriormente, sucedió a Evodio como el segundo Obispo de Antioquia. Durante la persecución de Domiciano (81-96), San Ignacio alentó a los muchos